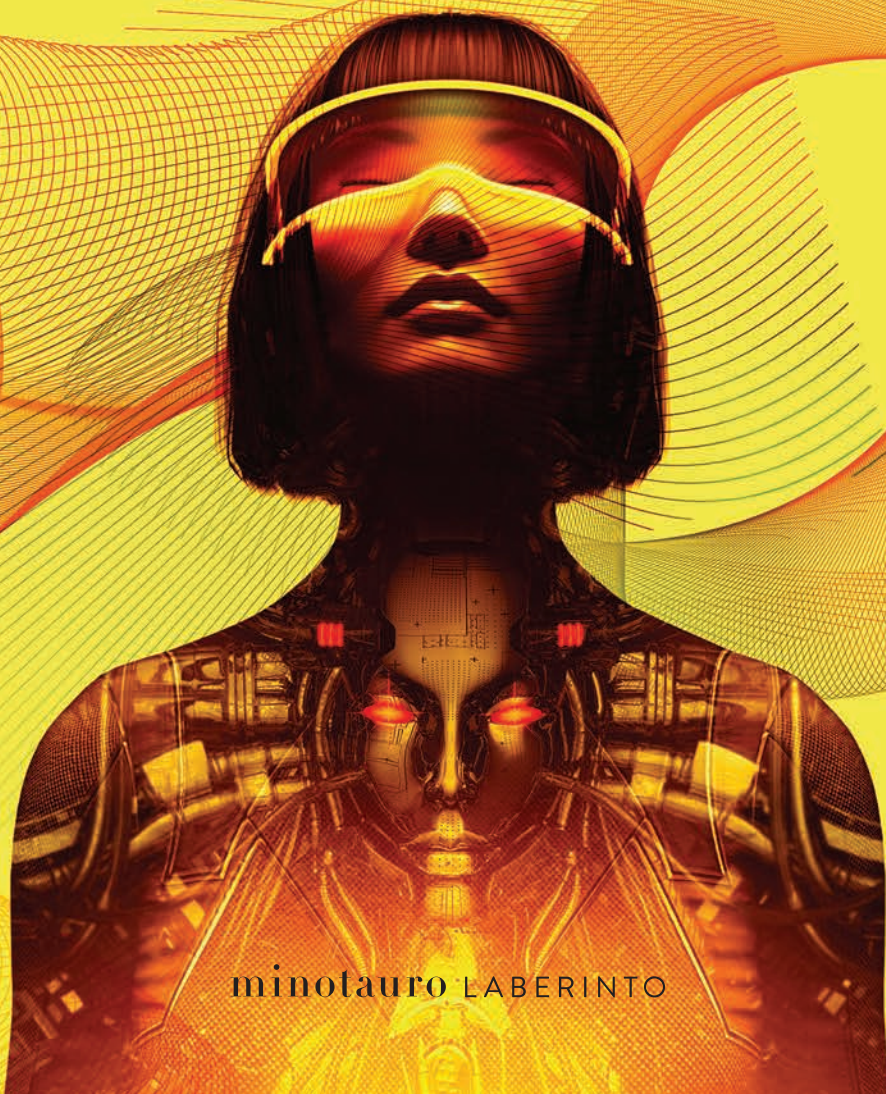


ANA B. NIETO

# PROYECTO KARÓN



minotauro LABERINTO

PROYECTO  
KARÓN

ANA B. NIETO

minotauro LABERINTO

*Proyecto Karón*

© Ana B. Nieto, 2023

Publicación de Editorial Planeta, S.A. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.

Copyright © 2022 Editorial Planeta, S.A., sobre la presente edición.

Reservados todos los derechos.

ISBN: 978-84-450-1476-9

Depósito legal: B. 6136-2023

*Printed in EU / Impreso en UE.*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Inscríbete en nuestra newsletter en: [www.edicionesminotauro.com](http://www.edicionesminotauro.com)

Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel **ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**

# 1

Tendría que haber pedido más dinero, eso estaba claro.

Tampoco podía culparse, ¿no? No es tan fácil poner precio a tu vida si te lo piden así, a bocajarro y sin anestesia.

Ahora Alaxi tenía un mes por delante para comerse la cabeza con eso. Con lo de que la respuesta buena siempre llega tarde, cuando la oportunidad ya ha pasado.

Al fin y al cabo, en cada punto del planeta la vida humana tiene un coste muy variable... Sería maravilloso que no tuviera precio, que su valor fuera infinito, pero la realidad es que sí lo tiene y que cambia en cada país y cada época.

¿Cuánto está dispuesto a pagar el Estado, la tribu, la familia... para rescatarte de un barranco, curarte una enfermedad, mantenerte a salvo o conseguirte una vacuna? Para todo hay líneas rojas.

Su vida valía lo que otros quisieran pagar por ella, ni más ni menos.

¿Cómo era él de necesario?

Ese era el quid de la cuestión.

La tarde había empezado muy tranquila.

A las seis ya estaba en el bar, con el calor sobre los hombros, pesado y zumbón como una nube de gorgojos. Llevaba ciento cincuenta y dos días sin llover.

Todo olía a fritanga por los tamales.

Sentado allí, perdiendo el tiempo —qué ironía—, solo pensaba en que no le daba tiempo a nada. Simplemente, no llegaba a su propia vida. «Ojalá pudiera estar en más de un sitio a la vez.»

Porque ese era el gran problema de Alaxi, el mayor y definitivo: que aún no sabía cómo multiplicarse. Siempre andaba con prisas, llegando tarde y asfixiado. Boqueando como un pez en el Gran Lago Salado.

¿Por qué no le cundía más? Había mil cosas que hacer en todas partes.

Tenía que dividirse entre la huerta, el invernadero y el laboratorio de cosmética inteligente que compartía con Danií. Las horas de trabajo eran eternas, el curro se apilaba delante de sus ojos. Apagaba un fuego y se le encendían cuatro.

Atendiendo a las niñas, que no se cansaban de pedir y de llamarle a todas horas. A veces se preguntaba si le habrían puesto un localizador en el cogote. ¿Cómo es que siempre sabían dónde estaba?

Reciclando el agua, cuidando de no derramar ni gota. Cada cosa que haces se vuelve más lenta cuando estás pendiente de toda el agua que pierdes.

Barriendo la casa hasta diez veces al día para que no se les comiera el desierto.

Brrmm... Sintió la vibración en la muñeca.

Miró su pulsera y pensó en las noticias, los vídeos, los mensajes... en los miles de datos que estaba dejando pasar en un momento. Si la información era poder, desde luego se le estaba escapando a chorros.

Y bueno, pues allí estaba. En el bar haciendo nada. Lo normal cuando tiras la toalla ante un problema que no tiene solución: te zambulles en él de lleno, te bañas en el problema y te dejas llevar por la corriente. El problema de que el tiempo es limitado y de que las tareas no se acaban nunca.

La puerta del bar se abrió y la luz blanca le dejó ciego un momento. Tuvo que cubrirse los ojos con el brazo.

Quemaban el suelo y las paredes, como si estuvieran hechos de pura radiación. ¿Cómo podía doler tanto el sol de las Rocosas?

Entornó los ojos y vio a la señora Mestina trabando la puerta con un barril de mezcal. ¿De dónde sacaba las fuerzas aquella mujer? Si no era más que pellejo tostado sobre los huesos... Estaba más seca que el Mojave, pero se manejaba por el bar como si fuera una termita: las lijadoras y los aluminios que colgaban de su cinturón sonaban como un concierto de cencerros. Más que limpiar, a Alaxi le parecía que rascaba el óxido del garito que acababa de comprar.

El camión del proveedor acababa de aparcar justo delante y estaba descargando los barriles, pero Alaxi no conseguía contarlos. Más allá de las ventanas el mundo era indistinto, un estallido de azufre donde las montañas, matojos, vehículos... se confundían en un todo.

Cerró los párpados con fuerza por miedo a la cegarena.

«Termina y cierra la puerta de una vez.»

¿Cuántos barriles solían traer? Por lo menos cuatro: uno para el bar y tres para almacén. Mestina sacaría músculo delante de todo el mundo y se empeñaría en arrastrarlos ella sola por la arena.

Tardaría sus buenos quince minutos. Mucho más que suficiente.

En cuanto saliera por la puerta empezaría con el plan.

Mestina se acercó a la tragaperras, donde un tipo había jugado tanto que ya no sabía ni qué día era. Le dio unos golpecitos en el hombro.

—A ver, querido, ¿ves esa cámara de ahí? —El tipo se medio espabiló y miró a la cámara, sin dejar de darle al pulsador—. Está apuntando a ese trasero tuyo que apenas te cabe en los pantalones. Como toques lo que sea de la barra te cortaré la tranca y la usaré de calzador.

Alaxi también miró a la cámara, preocupado. Aquel podía ser un problema grave, lo del circuito de vigilancia. Suele serlo cuando estás a punto de cometer un delito.

Vamos, no creía que funcionara realmente, aquel cacharro era del Jurásico. Mestina lo mantenía allí clavado solo para asustar a la clientela... En cualquier caso, tendría que disimular.

La mujer apartó el barril que sostenía la puerta y lo arrastró fuera como pudo. Levantando nubes de polvo blanco con las botas y rastrillando el desierto.

La puerta se cerró lenta y pesada como un plomo y las pupilas de Alaxi se dilataron, por fin, de puro alivio. Adivinó la silueta renqueante de la mujer a través de las ventanas, que nadie sabía ya si eran tintadas o más bien acumulaban suciedades de cien años.

Se puso en marcha.

Solo tendría una oportunidad.

Se inclinó sobre la barra, repasó la lista de bebidas y pidió la más barata, una sargazul. Le escocía una barbaridad tirar el dinero, pero era por una buena causa. Una pequeña inversión. Eso es.

Una vez que la barra estuviera en su poder le daría lo que le pidiera. Tendría aguas purificadas de sobra para las niñas. ¡Llegaría a casa con un cajón entero! Sería un mes de auténtica fiesta y, sobre todo, sería el ensayo perfecto para su objetivo final, que no era otro que el robot de la farmacia.

El bar y la farmacia usaban la misma cinta transportadora: misma empresa, mismo código y misma pirula que pensaba hacerle a las dos.

Vamos... ¿Quién iba a echar de menos unas medicinas de sobra? Sabía el momento justo en que iban a caducar y el robot las ponía en la cinta, hacia el contenedor de reciclaje. Le obligaría a escupirlas mucho antes de que llegara la trituradora de las BPA. Apenas necesitaba tres cajas, tan pequeñas que cabían en un puño. Una por cada mes de la medicación pediátrica de Sunii.

La niña tenía solo siete años, pero llevaba enferma tres. Habían sido los peores, un infierno para él y para Danii. Tenía crisis por las noches, cuando más le costaba respirar, y se quedaba agotada. «Estoy segura de que podría ser una niña muy

brillante», decía su profesora «si no se quedara dormida encima de la mesa. La he puesto en primera fila, pero es que no hay manera...». Más de doscientos bitalentos por cada comprimido. Era una locura.

Hackear el robot de la farmacia llevaba meses siendo su obsesión.

La cinta se activó y el vaso cayó bajo el tirador de un golpe sordo. Se llenó en un susurro, cada vez más agudo, hasta rebotar de espuma. Luego se puso en marcha en la cinta transportadora, bailando el líquido oscuro en su interior.

No podía perder ni un segundo.

Echó un vistazo a la cámara. Notaba la frente húmeda y el aviso, siempre amargo, de la sed. Se metió la mano en el bolsillo y sacó un pequeño hackeador, despacio, como si le fuera a picar.

Era un escarabajo, metálico y brillante. ¡Qué bien hechos estaban!: las antenas, las garras de las patas... parecía a punto de echarse a volar.

Lo pegó con disimulo debajo de la barra.

El tipo de la tragaperras le clavó la mirada, pero Alaxi consiguió ignorarle. Estaba llamando demasiado la atención. Echó otro vistazo a la cámara, inseguro.

El vaso siguió avanzando, sobre la cinta transportadora, hasta llegar a su altura... Justo entonces, Alaxi activó el bicho y aguantó la respiración.

La bebida pasó por encima y empezó a vibrar.

No podía creerlo, al fin lo había conseguido. Había podido entrar en el programa, después de tantos meses de fallar en casa... de echarle horas en foros y pedir trozos del código, a unos y a otros, en foros de todos los idiomas... la barra, al fin, estaba en su poder.

El vaso seguía avanzando, con un traqueteo leve. Era la mejor señal de todas.

Ahora tenía el control absoluto. Podría mover la cinta hacia delante y hacia atrás, pararla a su antojo o ponerla en marcha, como si fuera su juguete.



Sacó el mando a distancia y apretó con fuerza el botón del STOP. Pulsó también el de la marcha atrás, insistió, varias veces. Los botones de los mandos a veces se atascaban. La arena se les metía en las ranuras. Había que estar sacudiendo y pasándoles los paños...

«Vamos. Esta vez sí. Tienes que hacerlo, por tu vida. ¡Vuelve aquí!»

La barra no respondió. El temblor se extinguió y la bebida siguió avanzando, sin tregua, hasta el final de la barra. Insensible a los desvelos y esperanzas de Alaxi.

Cayó con un golpe sordo al contenedor.

El estrépito de su último fracaso.

Arrancó el escarabajo y se lo llevó al bolsillo, con disimulo amargo.

«¿Qué es lo que está fallando, maldita sea? ¿La distancia o el código o qué narices? ¿Por qué no sincroniza? Si tan solo pudiera echarle un vistazo al programa...»

Se miró los dedos, manchados de azul por el licor de clientes anteriores. La barra nueva, negro brillante, había sido un gran acierto de Mestina, ya lo creo. Disimulaba las manchas de cojones. Tendría que lavarse bien las manos antes de volver a casa o estaba asegurada la bronca con Danii. «¿No vas demasiado a ese bar últimamente?» Desde luego, mejor que pensara que estaba empujando el codo y no planeando un delito.

Se pidió una segunda sargazul. El trago, largo y rabioso, le bajó irritando la garganta.

La sargazul era de esas cosas que te arrepientes en cuanto te las has tragado. Un sintético sucio, asqueroso como el neopreno líquido, nadie sabía exactamente qué llevaba. Refreshante un momento en la lengua y nocivo toda una vida en el cuerpo. Solo un estudiante, un descerebrado, se bebería algo así.

Y, a pesar de todo, la seguía pidiendo cada vez, todas las veces. Y solo porque le recordaba a la cafetería de la facultad. El Hidralámbrico, en U-Prima, qué lugar para quedarse a vivir.

En sus años de carrera podía pedir las sargazules por pares, tirar la tarde en la cafetería. Diseñando juegos rápidos y pro-

bándolos con los pardillos que pasaban. Ganando apuestas fáciles de apuntes y contactos con las chicas. Al fin y al cabo, tenía toda su beca para gastar. Bien podía permitirse unos vasos de aquella guarrería a la semana.

El Hidralámbrico, los sueños de juventud... el tiempo derrochado, dilapidado, con toda la alegría del mundo. Cuando sus proyectos no se quedaban en el aire, esbozados y a medio terminar... sino que se hacían reales delante de sus ojos. Solo tenía que encerrarse tras una puerta y echarles ganas y las suficientes horas.

Así era como Lena y él habían sacado adelante el Karón, a base de empeño y de coraje. Estudiando, probando mil veces, atreviéndose a más que el resto del mundo. Había sido una maravillosa audacia, sin duda: un cacharro que era pura ciencia, pero que parecía magia.

Y, sin embargo, era inútil pensar en él. Nunca volvería a tocarlo porque hacía mucho que lo habían retirado. Y nunca volvería a hablar con Lena porque ella, de todas formas, había escogido la violencia y vivía en los cuarteles. «Solo es una kera más», se lamentó.

Se echó un segundo trago, burbujeante, que le rascó la garganta y le alivió la molesta sensación del polvo. En un lugar como aquel uno sentía el polvo depositándose en el rabillo de los ojos, en la nariz y los pulmones, en todo el cuerpo por dentro, llenando los órganos. Y en los hombros... sobre los hombros también.

No iba a volver a casa de inmediato, ¿para qué engañarse a esas alturas? Ir al bar suponía pasar la tarde fuera, lejos de la granja. De los eternos deberes. Verdades, las de las niñas. En la mediana edad, verdades a medias solo. Se preguntaba si al final, en la decadencia de su vida, estaría condenado a moverse entre montañas de mentiras.

Apoyó el vaso en la barra y se encontró con su holograma favorito, que le dedicaba su mejor sonrisa en espera. ¿Cuántas veces había seleccionado el mismo tipo de chica? El espejo se lo decía sin ambages: «Te gustan las veinteañeras de melena

negra, Alaxi. Es evidente» Los hologramas lo conocían a uno mejor que uno mismo. Estaba bien revisarlos, de vez en cuando, para recordar lo que a uno le gustaba y lo que no.

El proyector era antiguo y la imagen parpadeaba como el demonio. Mestina estaba tan pelada como el dueño anterior y, aparte de la barra nueva, no parecía que nada fuera a cambiar por allí. Las cosas, en aquella parte del mundo, seguirían destartalándose, descascarillando, perdiendo pintura en sus muebles y potencia en sus lámparas. No como en ciudad BBDay, que se acostaba obsoleta por las noches y amanecía nueva todos los días del año. Y no como en la facultad, desde luego, que es donde aún debería estar. Dando clases como profesor titular e investigando, si no se hubiera ido todo al carajo.

Al menos su camarera era una mujer. Una vez había visto un engendro con la cabeza de un dóberman. La clienta había puesto una inmediata denuncia online —con mucho escándalo y muchos aspavientos— que el quebrado sistema de justicia archivó directamente.

Mestina entró de vuelta en el bar, la estela de polvo de sus botas fue a mezclarse en el suelo pegajoso. Mantuvo la puerta abierta y señaló a Alaxi con el dedo. Él se puso alerta.

—Es aquel de allí.

Entraron dos agentes, que caminaron con paso firme hasta la barra.

—¿Es usted Alaxi Dalem?

Los que acababan de entrar no eran de la patrulla habitual de nagas, con los que coincidía en el mercado o la farmacia o con los que se juntaba para los billetes de la lotería. Los que sabían cuando tenían que dar un pequeño aviso o bien... que ya nos conocemos, que ya sabes cómo es, que tampoco es para tanto y son cosas que pasan.

Estos llevaban uniformes grises. Con sus armas al cinto y sus embozos transparentes.

Se quitaron las gafas protectoras. Alaxi reconoció la insignia al pecho: una mano oferente y una punta de lanza.

Eran keras.

La pregunta era una cortesía. Uno de ellos llevaba su ficha abierta en la mano. «¿Es usted Alaxi Dalem?» Por supuesto que lo era.

—¿Ha pasado algo?

—Venimos de su granja. Su mujer nos dijo que le encontraríamos aquí.

—¿Y por qué no han enviado un mensaje? Acabo de mirar la pulsera y...

—Es mejor que se lo expliquemos por el camino. Aquí podría ser...

—Inconveniente —dijo el otro.

Alaxi asintió sin dudar y se encaminó a la puerta.

Guiñó los ojos varias veces, para prepararlos, y clavó la mirada en el suelo antes de abrir. Se enfrentó al baño de luz hiriente, con un nudo en la garganta.

No pensaba que aquellas cámaras de seguridad fueran a delatarle así. ¿Desde cuándo llevaban observando sus pruebas? ¿Cómo había podido ser tan torpe? Y, por otro lado, ¿tan grave era la cosa como para llamar al ejército?

Metió la mano en el bolsillo y apretó el escarabajo, helado y duro, con todas sus fuerzas.